



# **UN OCÉANO DE ALMÍBAR**

1º Concurso Cuentos Repsol  
1º Premio en Castellano

***Autora: Montserrat Mayoral Míguez***

**Año 1988**



No voy a comenzar diciendo: “Había una vez...”, porque en este cuento no había nada. Y cuando digo que no había nada, quiero decir que no había nada de nada, Ocurrió hace mucho, pero que mucho tiempo. Entonces no había árboles, ni personas, ni tierra, ni cielo, sol y estrellas. Ni siquiera había aire. Nada. Es muy difícil imaginar un lugar que no existe. Algo diferente a todo lo que conocemos. Pero si lo piensas un poco... quizás algo distinto sería más bonito.

Hace mucho, pero que mucho tiempo, había algo distinto que ocupaba todo. No dejaba sitio para nada más. Y no necesitaba nada más. Era un mar. Un gran mar de agua rosa. Tenía el color del yogurt con fresas y el sabor del melocotón en almibar. Y en aquel mar no había peces, ni algas, ni sal. En el mar rosa sólo había tiempo y vida. Habría sido maravilloso ver cómo pasaban las olas de tiempo. Lentas, suaves y seguras. No eran unas olas como las demás, ni un tiempo como el de ahora. Aquel era de color rosa y tenía vida. Hoy creemos que el tiempo no tiene forma, ni color, ni sabor. Estamos convencidos de que no se mueve, pero, sabemos que pasa. Creemos que no hace ruido, y lo que en realidad ocurre es que nadie se detiene a escucharlo. Pero continuamos hablando del tiempo sin saber qué es y de dónde vino. Seguimos pensando que el tiempo no es nada. Sin saber que el tiempo era un mar del color del yogurt con fresas y el sabor del melocotón en almibar.

Y pensar que ahora lo medimos con esos horri-

bles relojes digitales. Y que cada minuto sólo representa un número a la derecha. Antes era distinto. El tiempo tenía vida. Y vivía. Es extraño pero cierto. El tiempo tenía su propio pulso. Las olas del mar rosa no morían, porque el mar rosa no tenía límite. Seguían pasando y creciendo. Nunca encontraban una playa donde morir, ni un acantilado donde romper. Y eso ocurría porque el tiempo es vida y la vida debe existir siempre.

Pero aquello era demasiado bonito. Las cosas hermosas no duran siempre. Al océano del tiempo le llegó su hora. Le ocurrió que desapareció, como cuando quitas el tapón de tu bañera y el agua se escapa en un remolino. Al océano de almibar le quitaron el tapón y se vació. Y esto ocurrió un día cualquiera. Que más da la hora y el momento. Sólo sé que gracias a ello estoy aquí. Porque aquel fue el fin de la nada y el principio de todo.

Todo aquel mar de tiempo rosa vino a parar a nuestro mundo. Pero aquel planeta no era como el de hoy. Estaba muerto. Sí, muerto y frío. Los pájaros estaban suspendidos en el cielo, sin mover las alas. No había viento que hiciese bailar la hierba alta. No había sol que hiciese madurar los frutos verdes. Oscuro, frío, muerto, perdido.

Entonces fue cuando llegó la gran nube de tiempo. También era de color rosa y tenía sabor a almibar. Era gigantesca. Y es que en ella estaban todos los minutos y segundos del mundo. Todos ellos

habían nacido para ocupar un determinado lugar en la historia. Su vida en el mar rosa, sólo fue el principio. Todavía no lo habían entendido. Ellos habían nacido y habían crecido sin conocer su valor. Estaban hechos para dar vida y no para vivir. Para colorear y no para tener color.

Y en el momento en que comenzó a llover, se puso en marcha el cronómetro del mundo. Comenzó todo en realidad. Cuando una diminuta gota de la gran nube rosa rozó la gaviota suspendida en aire, aprendió a volar y vivió. Todo cuanto tocó el agua rosa nació en ese instante. Cuando la lluvia mojó el río congelado, corrió y vivió. Cuando llovió sobre los naranjos, florecieron y vivieron. La Tierra comenzó a girar alrededor del sol y el sol comenzó a brillar.

Y la gran nube, cada vez se hacía más pequeña. Cada vez llovía más fuerte. En poco tiempo sólo quedaron algunos minutos jóvenes en la nube. Entonces dejó de llover. Todo el mundo había recibido su tiempo y su vida. Cada cosa tenía su parte. Parecía que todo había sido así siempre. Los árboles, las personas, la tierra, el cielo, el sol y las estrellas. Todo tenía color y respiraba. Era bonito verlo desde arriba. Desde la diminuta nube rosa que había sobrado. Los jóvenes minutos miraron todo aquello maravillados. Ahora entendían lo que había hecho los otros minutos. Y comprendían lo importante que era.

Se preguntaron qué les quedaba por hacer a ellos. Buscaron por todo el mundo algo que no tuviera

vida todavía. No encontraron nada. Buscaron en el norte y en el sur, en el este y en el oeste. Nada. Todo tenía color y se movía con el viento.

No era aburrido vivir así. Viendo desde arriba cómo funcionaba el mundo. Cómo crecían las ciudades. Cómo cambiaba de color el trigo. Pero pasaban los días, y los minutos de la nube se preguntaban qué tenían que hacer. Se les ocurrió que podían montar una fábrica de tiempo. Quizás alguien necesitaba comprar algunos minutos huérfanos. Pero decidieron que no les gustaban las fábricas. Ya había demasiadas y echaban demasiado humo por sus chimeneas. Luego se les ocurrió ir de nuevo al mar del tiempo. Allí seguiría naciendo el tiempo. Nadie les molestaría. Pero se dieron cuenta de que no sabían cómo volver allí. Ni siquiera sabían si el mar rosa existía todavía. Por último, todos los minutos coincidieron en que no podían hacer otra cosa que seguir allí. Todos se alegraron de ello, porque estar en el cielo les gustaba mucho. Y ahí han estado, desde que llovió tiempo. Desde que el mundo comenzó a vivir. Desde que la gaviota voló y el naranjo floreció. Y todavía sigue ahí. La pequeña nube rosa sigue volando. Sigue teniendo el color del yogurt con fresas y el sabor del melocotón en almibar. Para aquellos minutos se paró el tiempo cuando el mundo nació. Por eso no se hacen viejos y no mueren, por eso todavía están aquí.

Es fácil ver una puesta de sol de color rosa. ¿Y qué crees que es? Naturalmente. La nube rosa se da

un paseo, por el sol. Para ella es muy agradable el calor del sol y al sol le gusta su sabor a melocotón. Así que, cuando veais una puesta de sol, recordad la nube de tiempo. Recordad la gaviota y el naranjo. Y sobre todo, dad gracias al océano de almibar por haberos dado vuestro tiempo y vuestra vida.

FIN